

CUENTOS DE FERNANDILLO



S. GALLEJA

MADRID



**BIBLIOTECA ESCOLAR RECREATIVA.**



R-19271

81681

# LOS CUENTOS

DE

# FERNANDILLO

CUENTOS PARA NIÑOS

ILUSTRADOS POR MENDEZ BRINGAS

---

Con permiso de la Autoridad eclesiástica.

---



**MADRID**  
SATURNINO CALLEJA, EDITOR  
Calle de Valencia, núm. 28.

1908

**ES PROPIEDAD.**

---

---

## LOS CUENTOS DE FERNANDILLO.

---

Nadie en el mundo sabe contar tantos cuentos como Fernandillo. Los cuenta admirablemente. Al anochecer, cuando los niños están tranquilamente sentados en la mesa ó en sus banquetas, llega poco á poco Fernandillo, por mal nombre *El Sueño*. No se le oye subir la escalera.

porque sus pies son tan ligeros que parece que gasta zapatillas de pluma: abre suavemente la puerta, y *fist*, echa unos polvitos en los ojos de los niños con mucha delicadeza, pero siempre en cantidad bastante para que no los puedan tener abiertos, y por consiguiente para que no le puedan ver. Se desliza por detrás de ellos, les sopla en el cuello, lo cual les pone la cabeza pesada..... sí, pero no les hace daño, porque Fernandillo es muy amable con los niños; procura solamente que se

estén quietos, y sabido es que no lo están sino cuando duermen.

Quiere que se estén quietos, para que escuchen sus preciosos cuentos.

Apenas se han dormido los niños, Fernandillo se sienta en su cama. Tiene un vestido precioso: lleva un traje de seda, que tiene reflejos verdes, rojos, azules y amarillos, según el lado de que se vuelve. Debajo de cada brazo lleva un paraguas: uno de ellos está adornado con bonitas estampas, y éste le abre por encima de los niños que son buenos,

y entonces sueñan toda la noche con historias muy agradables.

El otro paraguas, que es de color plumizo, lo abre sobre la cabeza de los niños que son malos, los cuales duermen de una manera estúpida, y al otro día, cuando despiertan, no han soñado nada. A los que ya se pasan de malos, les hace soñar con pesadillas angustiosas y terroríficas.

Veamos ahora cómo Fernandille viene todas las noches, durante una semana, á visitar á un niño que se



Sueñan toda la noche....



llama Rafaelito, y oigamos las siete historias que le cuenta, una cada noche, en el espacio de una semana.

## DOMINGO

—Escucha un momento, dijo Fernandillo á Rafaelito esta noche, después que éste se había acostado: vas á ver una cosa que te llamará la atención.

Rafaelito observó que todas las flores que estaban en sus tiestos

empezaron á crecer hasta que se convirtieron en grandes árboles que extendían sus largas ramas hasta la alfombra y hasta lo largo de las paredes, de manera que la habitación se parecía á un magnífico bosque; todas las ramas estaban cubiertas de grandes flores de enorme tamaño y de los más delicados matices. Exhalaban un perfume delicioso. Rafaelito se llevó á la boca una de sus hojas, y al saborearla la encontró un gusto más exquisito que el de las más delicadas confi-

turas. Los frutos brillaban como el oro y como el cristal más transparente, y había también en las ramas pasteles llenos de cremas y de dulces sabrosísimos. Eran de una belleza incomparable. Al mismo tiempo, sin embargo, salieron del baúl que encerraba los libros de Rafaelito unos gruñidos extraños.

—Voy á ver qué hay allí, dijo Rafaelito.

Y se acercó á la mesa y abrió el cajón. Algo se agitaba y removía de una manera terrible en la pizarra.

Era que al hacer Rafaelito sus cuentas en la tarde anterior en la pizarra, había equivocado un número, y éste parecía que iba á dislocarse; de tal modo quería saltar entre los otros.

Tanta fuerza hacía, que el lápiz saltó con la cuerdecita que le retenía en la pizarra, como si fuera un pernillo y quisiera rehacer la operación; pero no podía.

Un instante después se oyeron gritos lastimosos en el cuaderno de escritura de Rafaelito. Aquello era desastroso. De arriba abajo, en cada

página se veían grandes letras que cada una tenía á su lado otra más pequeña: habían servido como modelos, é inmediatas á ellas había otras letras chiquitas que hubieran estado muy bien hechas si Rafaelito hubiera puesto más cuidado; pero las había hecho muy deprisa, y estaban tambadas como si las hubieran dejado caer en la línea en que debían de estar derechas.

—¡Ea! poneos así, como es debido, dijo el modelo, y haced como yo un movimiento vigoroso y elegante.

—Eso queríamos, dijeron las letras de Rafaelito, pero no podemos; estamos muy enfermas.

—Entonces os administraré un remedio.

—No, eso no, exclamaron, enderezándose tan vivamente, que era muy divertido verlas.

—Ahora, dijo Fernandillo, voy á enseñar el ejercicio á estas gallardas letras. Una, dos; una, dos.

Y de esta manera ejercitó á las letras, que concluyeron por tomar una posición tan derecha y tan gra-

ciosa como las del modelo mismo.

Fernandillo se marchó; pero cuando Rafaelito examinó las letras á la mañana siguiente, estaban tan mal hechas como el día antes.

## LUNES.

Aquel día, en cuanto Rafaelito se acostó, Fernandillo tocó con uno de sus paraguas los muebles de las habitaciones, y todos en seguida se pusieron á charlar, hablando cada

uno de sí mismo, cosa que también suelen hacer las personas. La escupidera fué la única que se quedó sola, muy incomodada de que los otros muebles tuviesen bastante vanidad para no hablar más que de sí mismos, sin prestarla á ella la menor atención, y eso que se mantenía modestamente en un rincón y tenía la honra de recibir salivazos de una porción de personas notables.

Encima de la consola estaba colgado un gran cuadro con marco dorado, que representaba un lindo pai-

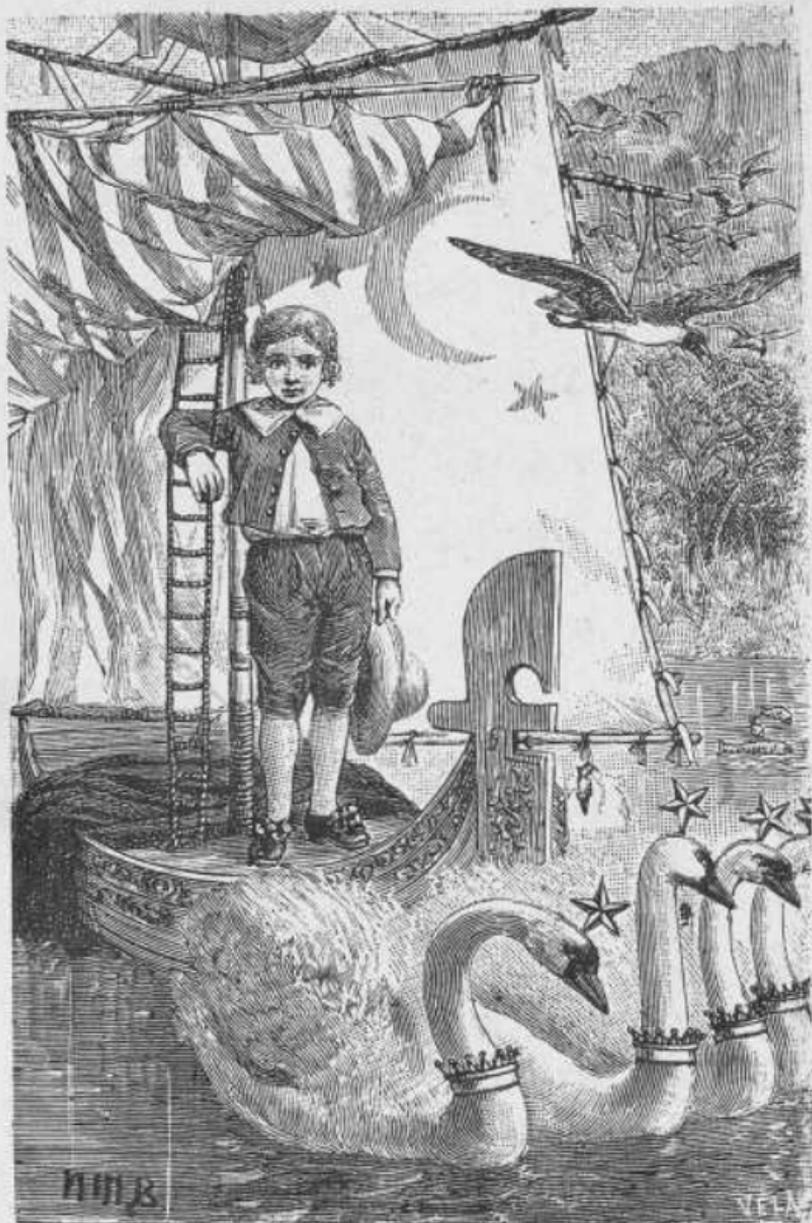
saje. Había en él árboles lozanos y árboles viejos, pequeños y grandes, de corteza lisa y de tronco rugoso, flores en la hierba, y un ancho río, que, rodeando el bosque, lamía las faldas de algunos cerros, pasaba por delante de muchos castillos é iba á perderse después en el mar.

Tocó Fernandillo con su paraguas, y al momento adquirió toda animación y vida: los pájaros principiaron á cantar, las ramas á moverse y las nubes á continuar su camino: hasta se podía ver su sombra ade-

lantarse y cubrir el paisaje, que había crecido hasta presentar tamaño natural.

Entonces Fernandillo levantó á su amigo Rafaelito hasta el marco, le hizo poner los pies en el cuadro en medio de la alta hierba, y le dejó allí.

El niño sentía que el sol le inundaba con sus rayos al través de las ramas de los árboles. Corrió hacia el agua, y entró en una barquilla que se balanceaba en ella y que estaba pintada de encarnado y blan-



De la barca y la llevaron.....



co. Las velas brillaban como plata; y una media docena de cisnes, con coronas de oro alrededor del cuello y una estrella azul reluciente sobre su cabeza, tiraron de la barca y la llevaron dulcemente hacia el frondoso bosque, donde los árboles se contaban historias de ladrones y hechiceros, y las flores preciosas aventuras de hadas encantadoras y otras cosas bonitas que les habían referido las mariposas, que, como tienen treinta y seis mil ojos, ven muchas cosas que nosotros no podemos adivinar.

Tras el barco nadaban hermosos pescados cubiertos de escamas de oro y plata; de vez en cuando saltaban, y el agua salpicaba con ruido, y detrás de ellos volaban bandadas de aves rojas y azules, grandes y pequeñas. Los mosquitos danzaban y entonaban alegres músicas, los saltamontes zumbaban, y daban enormes saltos: todos querían acompañar á Rafaelito, y todos tenían historias que contarle.

El niño observó una cosa curiosísima. Cuanto más poblados y som-

bríos estaban los bosques en el cuadro, tanto más se parecía ahora á un jardín soberbio lleno de flores é iluminado por el sol. Por doquiera se veían grandes castillos de cristal, oro, plata y mármol; princesas bellísimas se asomaban á los balcones, y todas eran niñas conocidas de Rafaelito, y con las cuales había jugado muchas veces.

Le extendían las manos, y le presentaban un pastelito en forma de corazón, y de un dulce tan delicioso, como jamás se ha vendido en pas-

telería alguna. Rafaelito, al pasar cerca de una niña muy hermosa, cogió el corazón por uno de los lados; pero la niña apretó los dedos tan bien, que se quedó cada uno con un pedazo, aunque el de Rafaelillo fué el mayor, y le supo á gloria.

En la puerta de cada castillo daban la guardia guerreros vestidos con armaduras de plata, los cuales le saludaron con su sable de oro, dándole frutas, soldados de plomo y hermosos juguetes.

Así navegó Rafaelito unas veces



Había querido mucho



al través de los bosques, otras en medio de desfiladeros sombríos, otras por cerca de una ciudad. Al fin pasó también por donde vivía la niñera á quien siempre había querido mucho; le saludó y le hizo una señal con la cabeza, mandándole con la mano besos que él sentía sobre sus mejillas.

Detrás del niño seguían volando aves preciosas; las flores parecían bailar en sus tallos, y los árboles viejos inclinaban la cabeza, absolutamente lo mismo que si Fernan-

dillo, ó sea *El Sueño*, les hubiera contado tambien una historia divertida.

## MARTES.

Aquella noche llovía de una manera espantosa. Rafaelito lo oía dormitando, y cuando Fernandillo abrió la ventana, el agua llegaba casi hasta el piso tercero. Claro está que todo esto se lo figuraba Rafaelito. Por fuera era todo un gran

lago, y cerca de la casa estaba amarrado un gran navío.

—¿Quieres venir conmigo? le dijo Fernandillo; podrás visitar esta noche una porción de países y estar de vuelta aquí mañana.

Pronto Rafaelito, con su hermoso traje de los domingos, se encontró en medio del barco: tan luego como el tiempo se puso mejor, atravesaron las calles, dieron vuelta á la iglesia y entraron en un gran lago. Marcharon mucho tiempo, hasta que perdieron de vista la tierra y vieron

una bandada de cigüeñas que dejaban también su domicilio para ir en busca de los países cálidos.

Seguían volando siempre una detrás de otra, y ya llevaban recorrido un gran espacio de camino. Había entre ellas una tan fatigada, que sus alas no podían ya sostenerla: era la última de la banda, y en breve se quedó detrás á una gran distancia. Al fin bajó con las alas extendidas, y su vuelo fué disminuyendo cada vez más; hizo algunos esfuerzos, pero inútilmente.



La cogió un grumete....



Sus pies tocaron bien pronto las cuerdas del buque, se escurrió por debajo de las velas, y al fin cayó en la cubierta.

La cogió un grumete, y la metió en el gallinero, entre la gallinas, los patos y los pavos; la pobre cigüeña se encontraba molestanda hallándose en medio de estas aves.

—¡Vaya un tipo raro! dijeron las gallinas.

El gallo de Indias se infló tanto como podía, y preguntó quién era. Y los patos retrocedieron gruñendo:

»¿Qué es esto? ¿qué es esto? ¿que es esto?»

La cigüeña les habló del África, de la ardiente África, de las pirámides, del avestruz, que parece un caballo salvaje que recorre el desierto. Pero los patos no comprendieron una palabra y continuaron gruñendo más.

— Todos estamos de acuerdo. decían, en que es una estúpida.

— No cabe duda, es extraordinariamente necia, dijo el gallo de Indias; y se estiró gritando: ¡glu-u-u-u!

La cigüeña se calló entonces, y pensó en África, su patria.

—Tenéis allí las pantorrillas demasiado delgadas, dijo el pavo. ¿A cómo ha pagado usted la vara?

—¡Kuac, kuac, kuac! dijeron los patos burlándose; pero la cigüeña se encogió de hombros sin hacerles caso.

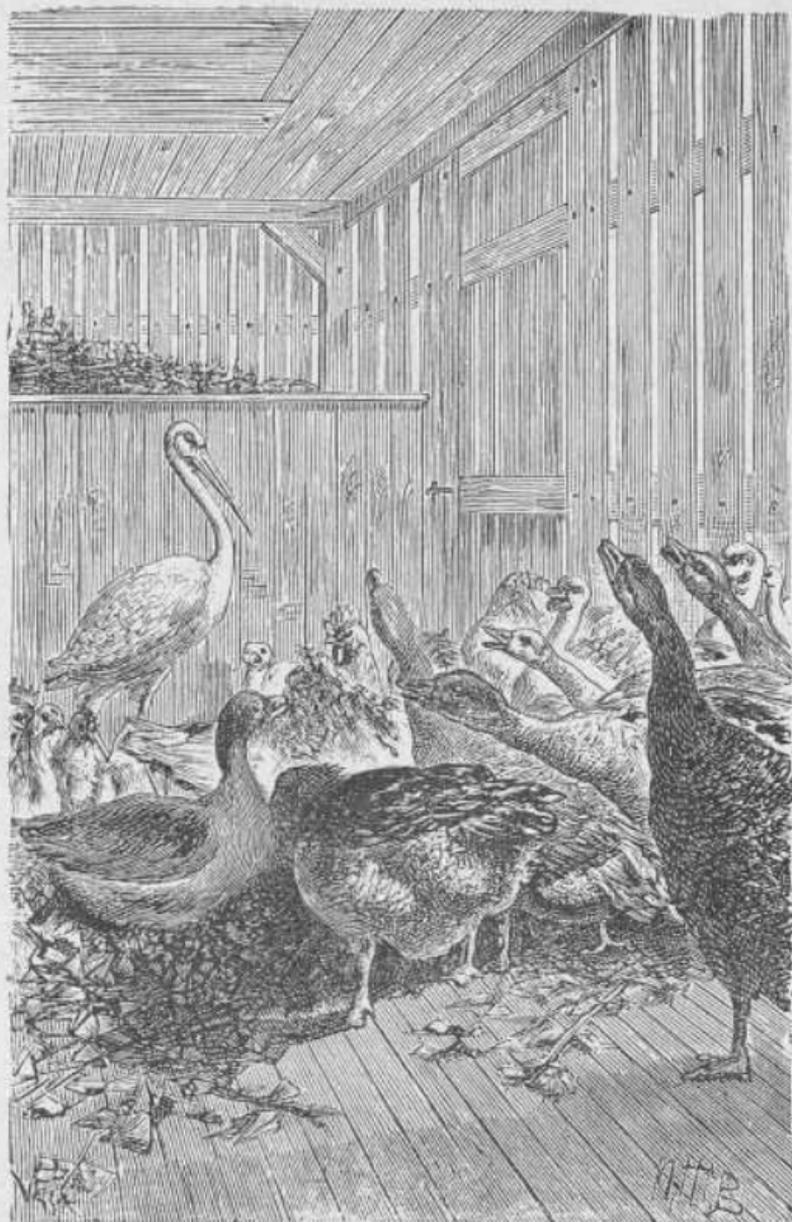
¿Por qué no te ríes como nosotros? la preguntó el pavo. ¿Es que no te parece ingeniosa mi pregunta? Quizá va más allá de tu inteligencia. ¡Oh, qué talento tan limitado! ¡Vaya!

dejemos á esa tonta y no nos ocupemos sino de nosotros.

Enseguida hizo ¡glú, glú, glú-u!  
y los patos hicieron ¡kuac, kuac!

Entonces empezaron á divertirse en grande. Rafaelito fué al gallinero, abrió la puerta y llamó á la cigüeña, que saltó hacia él en la cubierta. Había descansado, y parecía hacer señales á Rafaelito para darle las gracias por su amabilidad. Después desplegó sus alas y voló hacia los países cálidos.

Entonces las gallinas cloquearon,



Y los patos hicieron kunc, kunc,



los patos charlaron en su lengua, el gallo de Indias lanzó un ¡ki ki ri ki! y su cresta se puso roja como el fuego.

—Mañana haremos una buena pepitoria con vosotros, pensó Rafaelito: pero se despertó muy admirado de encontrarse en su camita. ¡Qué extraño viaje le había obligado á hacer aquella noche Fernandillo!

## MIÉRCOLES.

—Escucha, dijo aquella noche Fernandillo, y no tengas miedo; voy

á enseñarte un ratoncito; y le enseñó un gracioso animalito que tenía en la mano. Ha venido para invitarte á una boda; dos ratoncitos van á casarse esta noche; viven bajo el escalón de la ventana del comedor y tienen una habitación muy bonita.

—¿Y cómo me arreglaré para entrar en ella por un agujero tan pequeño?

—No tengas miedo, dijo Fernandillo, que yo te pondré tan delgado que puedas pasar.

Y tocó á Rafaelito con su varita

de virtudes, y empezó á disminuir de tamaño, continuando de esta manera disminuyendo hasta que se redujo á la altura de una pulgada.

—Pídele ahora prestados sus vestidos á uno de los soldados de plomo; te sentarán muy bien, y además es muy bonito llevar un uniforme cuando se va de sociedad.

—Tienes mucha razón, dijo Rafaelito; y en breve se encontró vestido como un bonito soldado de plomo.

—¿Quiere usted tener la bondad de sentarse en el dedal de su mamá,

dijo la ratita, y tendré el honor de llevarle?

— ¡Cómo, señorita! ¿vá usted á tomarse este trabajo?

Y así, con estos mutuos cumplimientos, llegaron á la boda de los ratones. Atravesaron primero, bajo el escalón, un largo pasillo, que era bastante alto para dejarles pasar, y estaba iluminado con madera podrida que brillaba como el fósforo.

—Creo que esta habitación le parecerá á usted muy elegante, dijo la ratita, que le iba guiando. Todo



De sentarse en el dedal.....



el pasillo acaba de ser frotado con grasa. Es muy lujoso todo esto.

Después entraron en el salón. A la derecha estaban las ratitas, que murmuraban y cuchicheaban como si cada cual se burlase de su vecina, de igual modo que sucede entre las personas; á la izquierda estaban los caballeros atusándose el bigote con la pata. En medio del salón estaban los futuros esposos en pie, colocados en una corteza de queso de bola ahuecado, y conversaban mutuamente sobre el porvenir, tan luego

como se verificase su matrimonio, y los días felices que veían en lontananza, después de verificar su enlace.

Seguían llegando nuevos invitados; la multitud era tan grande, que una señora estuvo á punto de espachurrar á otra; los novios estaban en medio de la puerta, de modo que era tan imposible entrar como salir. La habitación, así como el pasillo, había sido frotada de grasa, y este agradable olor parecía á las ratas y ratones el colmo de la

elegancia. A guisa de postres había algunos guisantes verdes, en uno de los cuales un ratón había labrado con sus dientes las iniciales de los futuros esposos. No se ha visto nunca una cosa tan magnífica.

Todos los ratones invitados declaraban que esta boda era una de las mejores á que habían asistido y que la conversación se había hecho notable por su buen tono, su variedad y su delicadeza.

Rafaelito volvió á su casa de la misma manera que le habían lle-

vado; estaba contento por haber estado en una sociedad tan distinguida, pero también se había visto obligado á reducir su talla á la más mínima expresión, á amenguarse extraordinariamente y á vestirse el uniforme de uno de sus soldados de plomo.

## JUEVES.

—No puedes figurarte cuántas personas de edad hay que quieren vaya á verlos con frecuencia, dijo Fernandillo al niño en la noche si-

guiente. Sobre todo, pertenecen á esta clase los que han hecho algo malo. «Fernandillo, me dicen cuando no pueden dormir, no podemos cerrar los párpados y nos pasamos toda la noche teniendo delante de nosotros nuestras malas acciones, que bajo las formas de feos hechiceros, se sientan en nuestra cama, nos tiran de los pies y nos martirizan. Si quieres venir á echarles, y á procurarnos un buen sueño, dicen suspirando profundamente, te lo pagaremos bien. Haznos ese favor,

Fernandillo; junto á la ventana está el dinero contado.» Pero yo no hago nada por el dinero, añadió *El Sueño*, sonriendo maliciosamente.

—¿Dónde me vas á llevar esta noche? preguntó Rafaelito.

—Si tú quieres, iremos á otra boda muy diferente de la de ayer. El muñeco grande de tu hermana, que parece un hombre y que se llama Pepe, va á casarse con la muñeca Pepita; además es el santo de los dos y les van á hacer muy bonitos regalos.

—¡Ah! eso ya lo sé yo, dijo Rafaelito. Siempre que las muñecas necesitan vestidos nuevos, mi hermana dice que son sus días ó que se van á casar; es la centésima vez que hace esto.

—Pues bien, será la boda número ciento uno la de esta noche, y después no habrá más. Así es que será extraordinariamente magnífica. Conviene que no dejemos de asistir.

Rafaelito dirigió su vista hacia la mesa. La casita de cartón estaba toda iluminada, y en la parte de

afuera los soldados de plomo presentaban las armas á todos los invitados. Los novios estaban sentados muy pensativos (y tenían sus razones para estar así) en el suelo, apoyándose en el pie de la mesa y mirándose uno á otro con ternura, no exenta de algun recelo, porque la muñeca, aunque guapa, tenía muy mal genio, y el muñeco lo sabía. Fernandillo, vestido con el traje negro de su abuela, los casó. Cuando concluyó el matrimonio, todos los muebles de la habitación entonaron

una canción muy bonita compuesta por un lápiz, sobre motivos de las más populares zarzuelas.

En seguida los recién casados recibieron sus regalos; únicamente rehusaron toda clase de comestibles, porque con su amor les bastaba.

—¿Quieres que escojamos una habitación de verano cuando vayamos á viajar? preguntó el esposo.

—¡Vaya una ocurrencia! dijo la muñeca; querer habitación de verano el día de San José.

—Bien, mujer, no te enfades, dijo el muñeco muy afligido.

Le pidió consejo en seguida á la golondrina, que había corrido mucho mundo, y á la gallina vieja, que ya por cinco veces había conseguido sacar sus huevos. La golondrina habló de los países cálidos y magníficos en que las uvas son enormes, donde el aire es suave y donde las montañas son de todos colores, como nunca se ven aquí.

—¡Vaya un país! Allí no habrá repollos rojos como aquí, dijo la ga-

llina. Yo he habitado en el campo con mis pequeñuelos durante todo un estío. Allí había un arenal donde nos paseábamos y donde podíamos escarbar á nuestro gusto, y éramos admitidos en un jardín donde había muchos repollos rojos. Todo esto era magnífico. No puedo figurarme nada más hermoso.

—Este país es muy triste, todos los días se parecen, dijo la golondrina, y además hace muy mal tiempo.

—Ya está una acostumbrada, replicó la gallina,

—Pero lo más frecuente es que haga mucho frío y que granice, añadió la golondrina.

—Esta temperatura prueba muy bien á los repollos, repuso la gallina; por lo demás, también aquí ha hecho calor algunas veces. ¿No tuvimos hace cuatro años un verano que duró cinco semanas? Hacía tal calor, que no se podía respirar. Además, aquí no tenemos todos los animales venenosos que hay en otros países. Y raras veces oímos hablar de ladrones. El que no piensa que

lo mejor del mundo es su país, es un malvado que no merece habitarlo. Además, añadió orgullosamente, también yo he viajado, he pasado una colina que tenía más de dos leguas; pero no encontré placer alguno en viajar.

—La gallina me parece una mujer razonable, dijo la muñeca Pepita; no necesito ver las montañas. Eso no sirve más que para subir y bajar. No, nos iremos mejor á establecer en el arenal, fuera de las puertas de la ciudad, y nos pasea-

remos por el jardín de los repollos.

El muñeco suspiró con aire de resignación viendo que su mujer empezaba á dominarle desde el primer día.

## VIERNES.

—¿Me vas á contar hoy otra historia? dijo Rafaelito luego que Fernandillo le hubo dormido.

—No, esta noche no tenemos tiempo, replicó *El Sueño* desplegando por encima de él su magní-

fico paraguas. Mira un momento estos chinos.

Todo el paraguas parecía una gran copa china, cubierta de árboles azules y de puentes de formas extrañas, con muchos chinitos que movían la cabeza.

—Es necesario que nos preparemos bien para pasado mañana, que será Domingo. Voy á ir á las torres de la iglesia para ver si los duendecillos limpian las campanas para que tengan un sonido agradable; luego voy á ir al campo á ver si el

viento se lleva el polvo de la hierba y de las hojas. Por fin, y esto es lo más difícil, voy á ir á buscar todas las estrellas para limpiarlas. Las pongo en mi delantal; pero es preciso primero que cada una de ellas esté numerada, y que los agujeros en que están fijas estén también numerados. Sin esto podría engañarme de lugar y colocarlas mal, y entonces habría en el cielo demasiadas estrellas errantes, porque correría una detrás de otra buscando su antiguo sitio.

— ¡Eh, cuidado! Escuche usted un momento, señor Fernandillo, dijo un antiguo retrato colgado de la pared que tocaba al lecho de Rafaelito. Yo soy el abuelo de Rafaelito, y agradezco á usted que le cuente historias á mi niño; pero no me parece bien que le trastorne usted la cabeza. ¿Cómo va usted á bajar las estrellas para limpiarlas? Las estrellas son mundos como nuestra Tierra y mucho mayores aún, y eso es precisamente lo que tienen de bueno.

— Te agradezco la lección, abuelo, dijo Fernandillo; pero lo que me has dicho me lo sabía yo hace mucho tiempo. Lo que hay es que yo no enseñe ciencia á los niños; me contento con distraerlos. Pero ya que me has puesto la cara colorada, me voy y cuéntale tú lo que quieras.

Y Fernandillo cogió su paraguas y se fué muy incomodado.

— ¡Vaya un amor propio tan exagerado y tan fuera de lugar! Ya no le es á uno permitido decir su opi-

nión, dijo gruñendo el antiguo retrato.

Rafaelito se despertó.

## SABADO.

— Buenas noches, dijo Fernandillo al entrar.

Y en seguida fué á la pared y volvió el retrato del abuelo del niño, para que no se mezclase en la conversación, como la víspera.

— ¡Ea! dijo Rafaelito, ahora cuén-

tame alguna historia; cuéntame la de los cinco guisantes que vivían en una vaina, y la aguja gorda que se creía tan fina como una aguja de bordar.

—No, no hay que abusar de los cuentos; lo bueno puede también cansar, dijo Fernandillo. Tú sabes perfectamente que me gusta enseñarte algo nuevo; esta noche te voy á enseñar á mi hermano. Se llama Ginesillo, pero no hace más que una sola visita á una persona. Lleva en su caballo al que ha visitado, y le



Lleva en su caballo.....



cuenta historias. No sabe más que dos; una es tan admirablemente bonita como nadie en el mundo puede tener una idea; la otra es tan fea y tan terrible, como no se puede concebir siquiera.

Entonces Fernandillo llevó al niño Rafaelito hasta la ventana, y le dijo:

—Allí verás tú á mi hermano Ginesillo: se llama también la Muerte. ¿Lo ves? No es tan feo como se le representa en los libros de estampas, donde no es más que un esqueleto.

Al contrario, tiene bordados de plata en su vestido y lleva un bonito uniforme de húsar, un manto de terciopelo negro flota por detrás de él. ¡Mira con qué gallardía se adelanta en un coche tirado por seis caballos!

Rafaelito vió adelantarse al hermano de Fernandillo, haciendo subir en su caballo un gran número de personas jóvenes y viejas; colocó á unas delante de sí y á otras detrás; pero principiaba siempre por decirles:

—Vamos á ver el cuaderno de la vida de usted y las notas que tiene: ¿qué tal són?

—Muy buenas, respondían todas las personas.

—Quiero verlas por mí mismo, les decía.

Y les obligaba á enseñarles sus notas. A todos los que tenían *Bien* ó *Muy bien*, los fué colocando en la parte de delante del coche, y le oyeron contar historias admirables. Pero á los que tenían *Regular* ó *Mal*, los puso detrás y tuvieron que oír

historias horribles. Temblaban y lloraban y querían echarse abajo del caballo, pero no podían, porque estaban como atados.

—Sin embargo, Fernandillo, tu hermano la Muerte no es tan feo como yo creía; no le tengo miedo.

—Y tienes mucha razón, dijo *El Sueño*, sólo que has de cuidarte de tener siempre en tu cuaderno muy buenas notas.

—¡Oh! esto es muy instructivo, murmuró el retrato del abuelo; ya ve usted, señor Fernandillo, cómo

algunas veces es conveniente decir con franqueza su opinión.

Y se quedó muy satisfecho.

Tales son los cuentos de Fernandillo, querido lectorcito, y si viene esta noche, él te los contará más lindos aún.

---



---

---

## EL BAÚL MARAVILLOSO.

---

Vivía en cierta ciudad un comerciante muy rico, tanto que habría podido empapelar una gran habitación con billetes del Banco; pero se guardaba muy bien de hacer semejante tontería, porque sabía emplear mejor sus riquezas. No gastaba un duro como no tuviese seguridad de

que había de proporcionarle ganar otro. Era un trabajador infatigable, y calculaba muy bien antes de meterse en una empresa; por desgracia la muerte le sorprendió en medio de sus hábiles combinaciones.

Su hijo heredó toda su fortuna, y en vez de emplearla bien, se dió una vida alegre: jugaba; iba todas las noches á los bailes de máscaras; se entretenía en hacer pajaritas de papel con billetes de Banco, y para echárselas de rumboso tiraba al agua monedas de oro, de igual modo



Jugaba...



que otros tiran piedras para ver las ondulaciones del líquido. Además prestaba á sus amigos gruesas sumas. De esta manera, no hay que extrañarlo, dió en breve al traste con sus tesoros, y llegó á no tener por toda fortuna más que cuatro pesetas y por guardarropa un par de zapatillas y una bata vieja. Sus amigos le abandonaron todos á un tiempo; uno de ellos, sin embargo, el que nunca le había pedido favor alguno y en cambio había censurado sus desórdenes, tuvo la bondad de

enviarle un enorme baúl viejo con estas palabras: «Entra en este baúl y haz tu equipaje.» El consejo era bueno, en verdad; pero como el atolondrado joven no tenía equipo, se metió él mismo en el baúl.

En cuanto cerró la tapa, se elevó el baúl por los aires como un pájaro.

Apenas el hijo del comerciante se cercioró de esta propiedad maravillosa, ascendió por la ventana hacia las nubes y fué siempre hacia adelante con vertiginosa rapidez. El baúl rechinaba, y tuvo miedo de que

se partiese en dos pedazos y le hiciese dar un salto mortal. Sin embargo, llegó sano y salvo á una isla muy rica, cuya capital era una ciudad populosa. Observó que sus habitantes vestían de un modo semejante á los turcos.

Ocultó su equipaje en el bosque entre las hojas secas, y se dirigió á la ciudad, dónde á nadie llamó la atención, puesto que las gentes andaban por las calles como él, con bata y zapatillas. Recorriendo las calles, le llamó la atención un ama

de cría extraordinariamente gruesa que llevaba en brazos un niño.

—Robusta nodriza, la dijo, ¿á quien pertenece aquel hermoso castillo cercano á la ciudad y cuyas ventanas están tan altas?

—Es el palacio de la Princesa Real, contestó la nodriza. La han asegurado los magos que si se casa, su marido la hará muy desgraciada, y por eso nadie puede acercarse á ella sino en presencia del Rey y de la Reina.

—Muchas gracias, y Dios te



Robusta nodriza, la dijo.....



aumente la gordura, dijo el joven.

Volvióse en seguida al bosque, se metió en el baúl y tomó vuelo. No tardó en llegar al tejado del castillo, desde donde entró por la ventana en la habitación de la Princesa.

Esta joven dormía en un sofá; su belleza era tan grande, que el hijo del comerciante, todo aturdido, la contempló admirado. Despertóse ella toda asustada; pero él la dijo en tono solemne que era un enviado celestial, á quien el Dios que en aquel país se adoraba había encar-

gado de que la hiciese dichosa. La Princesa se tranquilizó y esperó el resultado de la misiva.

Sentóse el joven con toda franqueza en una butaca, y comenzó á contarla historias maravillosas: entre ellas, la del Silbato, la del Paraíso, la del Bello ideal de los gatos, la de Almendrita y la del Soldado de plomo.

La Princesa escuchaba con la boca abierta tan bonitos cuentos, y le prometió no tomar otro marido que á él.

—Vuelve el sábado próximo, le dijo; mis papás, que son el Rey y la Reina, vendrán á tomar té y estarán orgullosos de hacerme casar con un enviado del cielo. Pero ten cuidado sobre todo de contarles alguna historia interesante. A mi madre la gustan los cuentos en que se trata de asuntos de la cocina; mi padre prefiere cuentos que le hagan desternillarse de risa.

—Pierde cuidado, mi canastillo de boda estará lleno de aventuras maravillosas.

Despidiéronse cariñosamente, y la Princesa le regaló un sable incrustado de monedas de oro, que por cierto le estaban haciendo mucha falta, pues aunque, como queda dicho, tenía todavía cuatro pesetas, éstas eran falsas y por eso no las había gastado aún.

Con aquellas monedas de oro cenó en grande, se compró un turbante y una bata nueva, y luego se sentó en el bosque para inventar alguna historia. No tardó en convencerse de que no es tan fácil como parece

inventar cuentos, y tuvo que decirse á ir contando lo que se le ocurriera al buen tun tun.

Llegó el sábado; el Rey y la Reina y toda la corte habían venido á tomar té en la habitación de la Princesa; el hijo del comerciante fué recibido en ella con la mayor amabilidad, porque la Princesa había hablado ya mucho de él.

—¿Será usted tan amable que nos cuente alguna cosa sensible, instructiva y muy casera? dijo la Reina.

—Mejor será alguna cosa que haga reir añadió, el Rey.

—Con mucho gusto, replicó el joven.

Y empezó á contar lo que sigue:

«Había en una cocina una caja de fósforos de madera sumamente orgullosos de su alto nacimiento, porque procedían de un pino que antes de ser cortado á hachazos, había sido uno de los árboles más grandes del bosque. Los fósforos estaban colocados entre un eslabón y una vieja olla de hierro, á los



Empezó á contar lo que sigue.....



que contaba la historia de su infancia.

»—Sí, dēcían, en los tiempos que éramos una rama verde vivíamos felices como en el paraíso. Todas las mañanas y todas las noches nos servían del cielo un té de diamantes, al que los hombres llaman rocío. Todos los días cuando el sol brillaba nos hacía tiernas caricias, y las aves nos cantaban historias muy interesantes. Eramos también ricos, porque los otros árboles no estaban vestidos sino en

el verano; pero nuestra familia tenía medios suficientes para darnos trajes verdes lo mismo en el invierno que en el verano. Además teníamos hermosas piñas con piñones muy sabrosos. Ocurrió una gran revolución y nuestra familia fué dispersada por los leñadores. Nuestro tronco alcanzó el empleo de palo mayor en un magnífico buque que ahora estará dando la vuelta al mundo, si es que no ha naufragado; otras ramas obtuvieron otros empleos tan nobles como el

de bastones; otras más desgraciadas sirvieron para leña, y nuestro destino fué alumbrar la multitud. De este modo es como á pesar de nuestro origen distinguido nos encontramos hoy en la cocina. Mientras estamos apagados nadie reconoce nuestra importancia; pero en cuanto nos encienden, brillamos y quemamos tanto como el sol, y somos poderosos y fuertes.

»—Mi suerte es muy diferente, dijo entonces la olla de hierro. Desde que he venido al mundo, no han

hecho más que llenarme de comida, ponerme al fuego, quitarme y fregarme: soy de la más alta importancia en la casa, y nunca estoy sola. Mi mayor placer consiste en verme colocada limpia y reluciente sobre el vasar después de comer y en echar un parráfo con mis compañeras. Desgraciadamente estamos siempre aquí emparedadas, á excepción del cubo del agua, que algunas veces da un paseo por el corral. Es verdad que la cesta de la compra nos trae algunas veces noticias de fuera; pero

habla, como plebeya que es, con demasiado descaro del gobierno y del pueblo. Anteayer una olla anciana se enfadó tanto al oirla hablar con tan poco respeto, que se cayó al suelo y se rompió. La cesta con sus ideas muy avanzadas pertenece á la oposición, y nunca subirá al poder.

»—Basta de charla, repuso el eslabón, y frotándose el acero contra el pedernal hizo saltar chispas. Vamos á divertirnos un poco esta noche,

» — Sí, replicaron los fósforos, hablemos, y á ver quién resulta el más noble de todos nosotros. Nadie hay que valga y pueda tanto como nosotros.

» — Ninguna conversación me parece tan interesante como hablar de mí, observó la olla de barro. Principiaré por contar la historia de mi vida, y luego cada cual hará lo mismo. No hay nada tan divertido. Ahora bien; en las orillas del Tajo, no lejos de los soberbios plantíos de viñedos y olivares que cubren el



En las orillas del Tajo.....



suelo de mi querida patria, la vieja Talavera de la Reina.....

»—¡Bravo, magnífico principio! exclamaron los platos; he aquí una olla que habla mejor que Demóstenes.

»—En Talavera hay mucha industria de alfarería, continuó la olla de barro, y allí pasé mi juventud en el seno de una familia apacible. Los muebles de aquella casa se limpiaban cada quince días, se lavaba el piso y se planchaban las cortinas.

»—Me interesa mucho esa relación, dijo la escoba; y podría decirse oyéndola que es usted toda una mujer de su casa,

»—Es verdad, dijo el cubo; pero esto me parece un poco aburrido.

»Y dió un bostezo tan atroz, que una parte del agua que contenía cayó bruscamente á tierra.

»La olla continuó su relación cuyo fin era tan interesante como el principio.

»Todos los platos se agitaron alegremente, y la escoba cogió al-

gunas ramas de perejil y quiso coronar á la olla, no sólo porque la divirtiese su relación, sino principalmente porque había acabado.

»—Vamos á estirar las piernas, dijeron las tenazas, y se pusieron á bailar.

»Era curioso de ver con qué gracia sabían levantar las pantorri-llas al aire. La tapa vieja de la caja rechinó de risa viéndolas.

»—Queremos también que se nos corone, dijeron las tenazas, y se las coronó.

»—¡Qué vanidosas! pensaron los fósforos: eso lo merecemos sólo nosotros, que valemos más que nadie.

»En seguida se rogó á la tetera que cantase, pero no quiso porque dijo que tenía un resfriado. Decía esto por orgullo, porque todos los días se dejaba oír cuando había mucha gente en el salón.

»En el alero de la ventana había una pluma de ganso, de la que la criada se servía para escribir. Esta pluma no tenía nada de particular, ò no ser que la habían hundido

muchas veces en el tintero, y que empezaba á abrirse de puntos; pero se daba mucha importancia.

»—Si no quiere cantar la tetera, dijo, nos pasaremos sin su canto. Precisamente ahí fuera en la jaula hay un ruiseñor que cantará sin hacerse rogar, aun cuando no sepa nada. Seremos indulgentes esta noche, y nos contentaremos con oír la mala música de ese pajarraco.

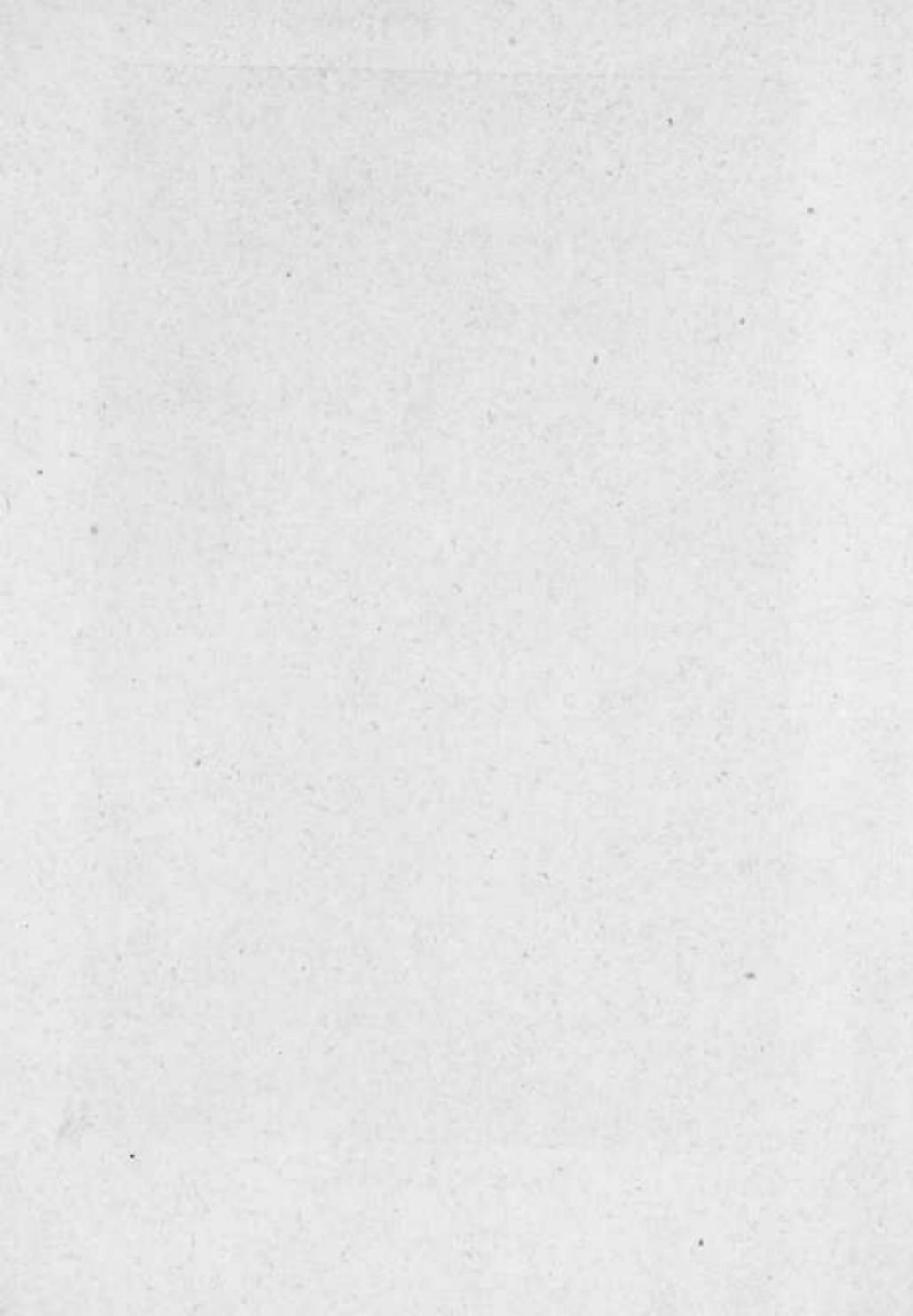
»—Esa proposición me parece bastante inconveniente contestó el perol, que era primo de la tetera y

que á menudo cantaba en la cocina, cuando hervía en él el agua; ¿por qué hemos de admitir entre nosotros una ave extraña? Eso no es patriótico, y si no que lo diga la cesta de la compra.

»—Si he de decir verdad, replicó la cesta, estoy muy disgustada por pasar la velada de esta suerte. Sería mejor que todos callarais para oirme á mí; cada cual se quedaría en su sitio y yo dirigiría las diversiones. Yo os contaré lo que pasa por el mundo.



Cogió los fósforos.....



»—No, queremos divertirnos todos, contestaron los utensilios de cocina.

»En aquel momento se abrió la puerta. Era la criada. Entonces se callaron todos, y nadie se atrevió á moverse. Sin embargo, no había entre todos los cacharros uno que no se creyese muy noble y de un origen muy distinguido.

«—Sí, pensaba cada uno, si se me hubiera querido encargar á mí de todo, nos hubiéramos divertido más esta noche.

» La criada cogió los fósforos para encender el fuego. ¡Cielos, qué orgullosos se pusieron, cómo chillaron y cómo se inflamaron dando chasquidos!

»—Ahora, decían en voz alta, todo el mundo se ve obligado á reconocer nuestro esplendor. ¡Qué luz! ¡qué fuego!.....

»Y cuando más orgullosos estaban, murieron de repente, reduciéndose á un poco de cenizas.»

— ¡Esto es lo que se llama un cuento bonito! dijo la Reina;

mientras lo oía me creía transportada á la cocina junto á los fósforos. Joven, tú te casarás con nuestra hija.

—Sí, añadió el Rey; tendrás á nuestra hija por esposa, y pasado mañana será la boda.

Ya se tuteaban todos, y se miraba al hijo del comerciante como individuo de la familia.

Al día siguiente, víspera de la boda, se iluminó toda, la ciudad, se desparramaron por las calles confites, yemas y pasteles; hubo fuentes de

vino; los muchachos trepaban á los árboles, gritando: «¡Viva el Príncipe!» Era ciertamente un espectáculo magnífico, y el pueblo estaba entusiasmado.

—Esta es la mía, dijo para sí el hijo del comerciante; ahora es cuando van á saber quién soy yo.

Compró una gran cantidad de cohetes, de petardos; y de todas las clases de paquetes necesarios para hacer fuegos artificiales, los metió en su baúl y se elevó por los aires.

—¡Pim! ¡pum! ¡ruch! ¡rich!



Saber quien soy yo...



¡rach! ¡sis! ¡sis! ¡plaaaf! ¡Qué detonaciones, qué estallidos, qué luces de bengalas, amarillas, verdes y azules!

Al ver tales prodigios, todos los habitantes de la ciudad se pusieron á saltar de tal modo que sus zapatillas volaban hasta sus orejas; jamás habían visto semejante fenómeno. Ahora sí que ya estaban convencidos de que era enviado de Dios el que iba á casarse con la Princesa.

¡Qué de comentarios hacían las gentes! Cada cual había visto aque-

llo de una manera distinta, pero todos estaban encantados.

—Yo he visto al que mañana será nuestro Príncipe, decía uno; tenía los ojos brillantes como las estrellas, y una barba que se parecía á la espuma de las olas.

—Se embozaba en un manto de fuego como en una capa, decía otro, y en los pliegues de su manto revoloteaban preciosos angelitos.

Mientras tanto, el hijo del comerciante se tiraba de los pelos lleno de desesperación. El baúl se había



Se pusieron á saltar.



quemado con una chispa de los fuegos artificiales; le arrastró á una inmensa distancia, y en breve no quedaba de él más que un poco de ceniza. El infeliz muchacho se dió un batacazo horrible al quemarse el baúl, y cuando quiso recordar, estaba tan lejos que ya no podía volar ni volver á ver á su prometida. Ella le esperó en el terrado todo el día, y puede que aún le esté esperando, á menos que no se haya aburrido y se haya decidido á casarse con otro. Él, entretanto, recorre el mundo

contando aventuras; pero le dan poco dinero por sus cuentos, y se arrepiente mil veces de haber tirado á la calle la fortuna que su padre le había dejado á costa de tantos trabajos.





Dió un batacazo horrible.







# LIBROS MORALES PARA REGALOS

Ó PARA PREMIOS

EN COLEGIOS DE PRIMERA Y DE SEGUNDA ENSEÑANZA

PUBLICADOS CON PERMISO DE LA

AUTORIDAD ECLESIASTICA

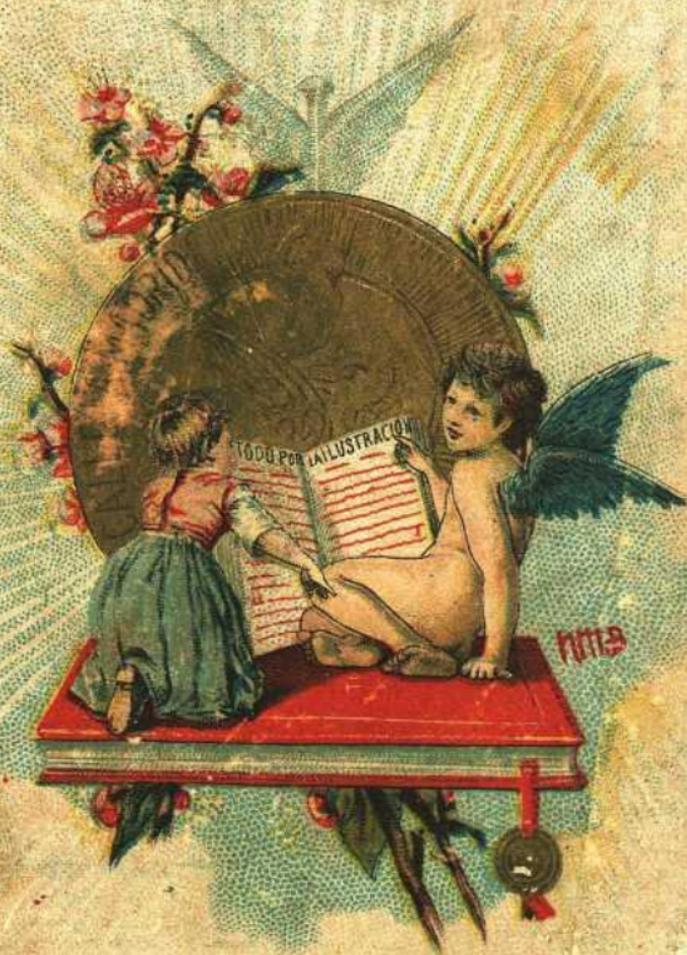


120	Tomos de	Recreo infantil.
104	—	Cuentos para niños.
24	—	Biblioteca de Recreo.
30	—	Biblioteca Escolar Recreativa
25	—	Biblioteca Moral Instructiva.
41	—	Biblioteca para la Juventud.
22	—	Biblioteca ilustrada para niños
20	—	Biblioteca Enciclopédica.
18	—	Biblioteca Perla.

Todas estas obras tienen ricos cromos, magníficas ilustraciones y elegante encuadernación.

Se venden en las principales librerías.

Más detalles, en el Catálogo Ilustrado que remite gratis el editor, Saturnino Calleja, calle de Valencia, núm. 28, Madrid.



LIT. MATEU-MADRID

